

# Baúl

## Ignacio Herrerías, érase una vez una revolución...

Pedro Siller Vázquez\*

El trece de agosto de 1912 el diario capitalino *El Imparcial*, apareció con el siguiente cabezal a ocho columnas: "La hidra zapatista ahoga sus feroces instintos en sangre inocente"; la razón de este agresivo título era porque en el resto de la primera página se daba la noticia de la muerte de dos periodistas metropolitanos, muy conocidos, a manos de las fuerzas zapatistas.

Los periodistas Ignacio Herrerías y Humberto Strauss viajaban en tren hacia Cuernavaca para continuar sus trabajos como reporteros en la guerra civil que azotaba al México de entonces. El primero iba a tomar fotos así como unas películas de las fuerzas de Zapata y cargaba un voluminoso aparato. Straus era originario de Uruguay, había residido muchos años en Nueva York antes de venir atraído por las noticias de la Revolución.

El tren fue atacado en un punto cercano al poblado de Ticumán a las 13:15 pm., por las fuerzas del zapatista Amador Salazar. Los sobrevivientes narraron escenas dantescas de lo que sucedió al interior de los vagones donde los pasajeros fueron muertos por las

balas disparadas desde las colinas, mientras la escolta federal se atrincheraba tras las frágiles ventanillas; después vino el incendio del convoy.

Las versiones de los testigos no son muy precisas, pero mencionan que antes del incendio, tanto Strauss como Herrerías fueron bajados del tren a culatazos, interrogados detrás de unos matorrales y posteriormente ejecutados bajo la acusación de ser espías del ejército federal.

Herrerías fue un personaje muy importante para la historia de la Revolución mexicana y particularmente de Chihuahua. En octubre de 1909 estuvo presente como reportero en la entrevista entre los presidentes Díaz y Taft, hizo un extraordinario reportaje sobre la muerte de Aquiles Serdán en Puebla y al estallar la guerra civil llegó a la ciudad de Chihuahua la noche del primero de abril de 1911. Sus reportajes comienzan con su aventura norteña y nos dejan ver lo magistral de su capacidad narrativa: el ambiente tenso, la incertidumbre en los rostros de los habitantes de la ciudad sitiada, el desbordamiento de la pasión revolucionaria.

# Baúl



Herrerías, desde sus primeros acercamientos, desmiente el carácter de bandidos, salvajes y sangrientos que le adjudicaban algunos diarios capitalinos y también de algunos otros lugares. Al entrevistar a Fortunato Casavantes, dice de él que: “había hecho estudios en los Estados Unidos, habla inglés, francés, y es de modales correctos” y al encontrar a Pascual Orozco:

un individuo alto, bien proporcionado, de color blanco y escaso bigote rubio, boca grande, pero de labios delgados. Vestía saco oscuro, pantalón poco claro, con las rodillas muy marcadas, indicando sus

frecuentes correrías a caballo, sombrero de fieltro negro, sin listón tricolor. Empuñaba un primoroso rifle marca Savage [era] el alma de la revolución.

comenta con Orozco acerca de su madre “debe estar sufriendo mucho por ustedes —le dice, debe estar asustada.” Y el jefe guerrillero contestó:

—Ella —respondió admirado— ¿y cómo? Ella fue quien me alentó a entrar en esto. Pues nos habíamos puesto de acuerdo

más de treinta en Ciudad Guerrero para levantarnos en armas, y ya a última hora muchos de ellos comenzaron a irse para atrás. Mi mamá lo supo, me llamó y me dijo “cuidado como tú haces lo mismo que esos sinvergüenzas. Tú cumples tu palabra o no vuelves a decir que soy tu madre”.

Así hace la descripción de cada uno de ellos, “un individuo de complexión recia, de cara redonda, bigote rubio, espeso, colorado como un americano”: el coronel Pancho Villa. El reportero transmite al lector su simpatía por la causa revolucionaria y los acompaña a la batalla decisiva, la toma de Ciudad Juárez. Ahí describe escenas que sin duda tocan las fibras más sensibles y son fuente primordial para la explicación histórica, como ésta, el 8 de mayo de 1911 cuando se inicia el combate contra la voluntad de Madero:

...por el cuerpo me corrió un escalofrío; mi corazón latió con violencia, y, en medio de aquella gente armada, no acertaba a moverme, atónito, embrutecido. De pronto, me acordé de mi profesión, de que iba allí para cumplir con un deber, recogiendo detalles y tomando fotografías, y, tembloroso, pudiendo apenas afocar, impresioné varias placas con las escenas más interesantes de esos momentos. Tuve la idea de arrojar la cámara lejos de mí: de arrebatar un rifle y marchar al combate; pero mi deber volvió a gritarme: —tú no has venido a combatir ...Madero, saliendo de la casa sin sombrero, se precipitó hacia él [Villa] gritando: — ¿A dónde va usted, Villa? —a pelear —respondió éste, casi sin volver la cabeza; —Pero eso no es posible; sí, no debe ser! No ve usted que estamos en negociaciones de paz? —Que le hace! Gritó Villa con visible enojo

¡mejor de una vez empezar! Y al decir esto picó espuelas a su caballo, pero Madero, sujetándole por las correas de la silla, trató de detenerlo. Villa sin el menor respeto, siguió caminando y Madero al lado, sin soltar las correas, hasta que aquél, lleno de ira, se apeó rápidamente y presentando el caballo al leader le dijo: entonces súbase usted; pero vamos para allá. Madero, sin replicar una palabra montó a caballo, alguien le prestó un sombrero y echó a correr, mientras Villa en otra cabalgadura, le seguía, y tras de ambos, los revolucionarios aullando sin descanso.<sup>1</sup>

Herrerías vio a mexicanos en lucha, a su propio país y no al ajeno, folclórico, sólo atrayente en su desprecio a la vida o en la expresión de la más cruda brutalidad como lo hicieron John Reed y Kenneth Turner. Sin embargo, su relato, tejido en la maraña de noticias de esos días, ha quedado hasta hoy enterrado junto con muchas otras historias de aquel momento, afortunadamente, gracias al esfuerzo de investigadores como Jesús Vargas Valdés, el texto estará pronto disponible para enriquecer el acervo histórico de Chihuahua.

\*Docente-investigador de la UACJ.

<sup>1</sup> Ignacio Herrerías, “En el campo revolucionario”. *El Tiempo* (marzo 1, 1912), 8.